

Cómo erradicar la violencia, el racismo, la xenofobia y la intolerancia en el deporte

GUÍA PARA EL MONITOR DE ACTIVIDADES DEPORTIVAS

**Campaña contra la violencia,
el racismo, la xenofobia y
la intolerancia en el deporte
dirigida a familias y APAs**



Cómo erradicar la violencia, el racismo, la xenofobia y la intolerancia en el deporte

GUÍA PARA EL MONITOR DE ACTIVIDADES DEPORTIVAS

**Campaña contra la violencia, el racismo, la xenofobia
y la intolerancia en el deporte dirigida a familias y APAs**



**Confederación Española de Asociaciones
de Padres y Madres de Alumnos**

Autor:

Esteban Ibarra. Entrenador superior de baloncesto, analista social y comunicador y presidente de Movimiento contra la Intolerancia

Ilustraciones:

Mónica Carretero

Coordinan:

Pedro Rascón,
Fernando Martín,
Pablo Gortázar

Edita:

CEAPA
Puerta del Sol, 4 6º A
28013 Madrid

Primera edición:

Diciembre 2008

Depósito Legal:

M-XXXXX-2008

Maquetación:

Diseño Chacón

Imprime:

ROELMA, S.L.L.

Junta directiva de CEAPA:

Pedro Rascón Macías, Fernando Martín Martínez, Encarnación Salvador Muñoz, José Antonio Puerta Fernández, José Luis Pazos Jiménez, Milagros Jonte Vázquez, Nuria Buscató Cancho, Sara Inés Vega Núñez, Antonio López Martín, Valle Vallano Bueno, José Pascual Molinero Casinos, Manuel González Erencia, Francisco Redruello Parrondo, Adelma Méndez Henríquez, Juan Antonio Vilches Vázquez, Jesús M^a Sánchez Herrero, Petra Ángeles Palacios Cuesta, Ginés Martínez Cerón, Gemma Piqué Codina, Manuela Ocaña Martín

Índice

1. En el deporte, no vale... todo	6
2. El papel del monitor-entrenador.....	9
3. Stop a la violencia: Por una resolución pacífica de los conflictos	17
4. Stop a la intolerancia frente a la diversidad ¡Por todos un respeto!	21
5. Una mejor convivencia con el deporte es posible.....	32



La importancia de erradicar cualquier atisbo de conducta violenta o de intolerancia en el ámbito de la actividad física y el deporte está fuera de duda y ha sido señalada tanto por la Carta Internacional y el Olimpismo, como por las leyes y normas europeas y nacionales, en especial por la recién aprobada en España, Ley 19/2007 de 11 de julio, contra la violencia, el racismo, la xenofobia y la intolerancia en el deporte.

Además el fomento de la dimensión social del deporte como educador en valores, forma parte del acervo común europeo y de la tradición normativa y cultural española, con el fin de que el deporte sea una escuela de vida y tolerancia, especialmente para la infancia, la adolescencia y los jóvenes con quienes hay que mantener una especial sensibilidad educativa.

En esa labor formativa desde su responsabilidad, la institución escolar ha de cuidar que las propias actividades extraescolares, organizadas en colaboración con APAs y alumnado, sirvan al desarrollo de la educación cívica de manera que conductas que pivotan en actitudes violentas, racistas o de intolerancia sean superadas y erradicadas del escenario social.

En consecuencia, la práctica de la educación física y el deporte en el ámbito de las actividades extraescolares adquiere una importante responsabilidad educativa y formativa para nuestros niños, adolescentes y jóvenes*, de manera que durante esta actividad lúdica también orientemos la educación en valores ciudadanos, además, a la educación en hábitos saludables, como la higiene y el rechazo al consumo de drogas, que se derivan de esta práctica.

* Para que la lectura sea más cómoda a lo largo de la publicación hemos utilizado los terminos genéricos padres, hijos, niños, etc., en vez de nombrar siempre a los dos géneros.

El deporte debe contribuir al desarrollo integral de las potencialidades humanas, a los valores democráticos y a la convivencia intercultural. El respeto por el rival, por las normas, por el trabajo en equipo y el juego limpio, principios deportivos, también son valores esenciales para la vida. Por tanto la labor del monitor-entrenador adquiere una dimensión educativa complementaria con la formación técnica del deporte, congruente con el desarrollo personal y social de los adolescentes.

1. En el deporte, no vale... todo

De manera persistente conocemos sucesos y noticias en el ámbito del deporte, especialmente en el fútbol, en los que emerge una intolerancia extrema que hace imposible una convivencia tranquila y pacífica. La violencia ejercida por grupos ultras, dentro y fuera de los estadios, el vandalismo, los insultos racistas y las banderas antidemocráticas exhibidas por fanáticos en las gradas, el saludo fascista tras el gol como hacen algunos jugadores del "Calcio italiano" y otras manifestaciones incomprensibles en la Europa del siglo XXI, van acompañadas de hechos no menos inquietantes como son las expresiones de algunos directivos de clubes y responsables del deporte, la agresividad mediática de algunos periodistas y la ausencia de una debida respuesta ante estos hechos de determinadas instituciones democráticas.

Estas manifestaciones y conductas contrarias a los valores del deporte y a los valores que debe compartir una ciudadanía democrática, no se reducen al espacio de un partido de fútbol. Al contrario, en una sociedad que vive en ósmosis televisiva, especialmente con el fútbol, los estadios y las gradas, los jugadores y entrenadores, los dirigentes y periodistas, así como los políticos, se convierten en potentes emisores sociales, en vitrinas referenciales del deporte y del modelo de convivencia. Baste observar el mal ejemplo del antideportivo y antidemocrático grito deportivo-lema

social "A por ellos", difundido en el último europeo de fútbol, para observar como nuestros escolares lo tararean y lo usan profusamente.



El deporte, el juego y la convivencia tienen como fundamento una serie de virtudes y valores esenciales que debemos destacar. El esfuerzo y juego limpio, la autodisciplina y el trabajo en equipo, el respeto a las normas de competición y el compañerismo, el rechazo a la violencia, al racismo y la defensa de la universalidad deportiva, la tolerancia y la paz entre otros, son fundamentos que están referenciados en la Carta Olímpica y en diferentes declaraciones y convenciones que sitúan al deporte como una piedra angular del espíritu de progreso, del pleno desarrollo de la personalidad humana y de la convivencia cívica. Y como es lógico el deporte escolar, la escuela, está en sus cimientos, es la base de ese importante edificio de la humanidad.

Sin embargo no siempre podemos observar comportamientos cívicos, hay padres, entrenadores y adolescentes que mimetizan la cara más rechazable de algunos espectáculos deportivos. Arengas agresivas de entrenadores a escolares en los vestuarios, comportamientos incívicos de padres durante la competición frente a otros jugadores y árbitros, manifestaciones racistas y violentas de acompañantes de los equipos, conductas sexistas y homófobas, justificación de acciones denigratorias hacia los compañeros deportistas, éstas y otras son algunas realidades que configuran esa galería de intolerancia también existente en el deporte escolar de nuestros días.

Existen sobradas señales inquietantes para que padres, madres, profesorado, entrenadores y alumnado, en definitiva toda la comunidad educativa, reaccionemos y cerremos la puerta a unos comportamientos que minan la convivencia en una sociedad tan diversa, multiétnica y multicultural, que presenta oportunidades para el enriquecimiento mutuo y también para el desarrollo de conflictos múltiples.

2. El papel del monitor-entrenador

Como hemos señalado, la importancia de adquirir hábitos sociales y personales saludables con el ejercicio de la práctica deportiva resulta esencial para nuestros hijos e hijas en el proceso de su formación como personas. No solo hay que mejorar la salud física y prevenir con el ejercicio las diversas enfermedades que propicia el sedentarismo, también hay que desarrollar la salud social y prevenir la aparición de conductas de intolerancia.

Los entrenadores y monitores deportivos tienen un papel central en el deporte escolar y juvenil. De su estilo y actitud, de su capacidad formativa, va a depender de manera decisiva las experiencias tempranas deportivas de nuestros escolares. La responsabilidad que conlleva su forma de proceder con los chicos en el campo de juego, que la mayoría de los entrenadores-monitores no interpretan conscientemente, va a trascender más de lo que nos podemos imaginar, dado el gran impacto que tienen en la personalidad de nuestros adolescentes.

El entrenador, monitor, se convierte en punto de referencia, en un espejo de comportamiento en el que se reflejan los adolescentes, en educador y formador ético-deportivo, incluso en muchas ocasiones en la persona de confianza que ayuda a salir de pequeñas crisis a nuestros chicos. También puede ocurrir lo contrario, se puede deformar y dañar psíquicamente por la manera de conducir en la práctica esa relación deportiva.

El modelo de comportamiento y de enseñanza-aprendizaje merece la pena ser reflexionado, aunque lamentablemente a estos aspectos, en las aulas formativas de las entidades del deporte con responsabilidad en la preparación de los monitores-entrenadores se les asigna un rol de escasa importancia respecto a lo que consideran principal y que allí

se enseña, la técnica del juego, las tácticas y estrategias, la preparación física y otros aspectos vinculados a la realización deportiva.



Una actitud pedagógica positiva y respetuosa

Lo primero que hay que señalar es que ser un buen entrenador-monitor, sin duda es una experiencia vital apasionante que se construye desde una vocación profunda de contribuir positivamente a través del deporte a la formación y al desarrollo de los niños y niñas. Este es el principal valor del educador deportivo.

Pasó a la historia, aunque aún quedan restos asumidos de forma mayoritaria pero muy contestados, el entrenador-monitor que lo único que persigue son los resultados, ganar y de ahí pensar que casi todo vale para ese fin. Y no, ya no valen las amenazas, el grito coactivo, el castigo, las malas palabras y gestos, ya no vale la exclusiva satisfacción por el resultado, el principio autoritario en el deporte, el despotismo con jugadores, la denigración del contrario y del árbitro, la bronca de los acompañantes...etc. Y no valen muchos otros comportamientos que debemos superar.

Otro modelo de enseñar está ya en marcha, se busca un entrenador-monitor que no sólo mejore las habilidades deportivas de chicos, sino que sea capaz de contagiar entusiasmo y estimular la práctica deportiva; que ayude a progresar, a superarse y a mantener una actitud positiva, con buen humor, preactiva; que fomente unas buenas relaciones con y entre los jugadores, que forme equipo, enseñe a respetar al rival, al árbitro y al público; que inculque una forma de proceder donde el respeto a la persona haga inviable la violencia, el racismo, la homofobia, la discriminación y cualquier expresión de intolerancia; en definitiva, que promueva el esfuerzo y el desarrollo personal por encima de los resultados.

En diferentes momentos de la formación de un monitor-entrenador se debe promocionar el desarrollo de sus cualidades pedagógicas: dotándole de habilidades para que explique con claridad y eficacia; para que utilice una metodología demostrativa, ya que una imagen es mejor que muchas ideas y palabras; animándole a buscar que el deportista le imite y enseñándole formas de corregir esa imitación; así como instruyéndole a construir hábitos mediante la repetición. E inculcarle, que todo esto lo debe enseñar, además, con paciencia.

También se le inculca que debe estar al servicio de los y las jugadores, que debe esforzarse en conocerlos y en crear un buen espíritu de equipo, ayudándoles a resolver sus problemas respetando la privacidad de su vida y, no discriminándolos jamás en el trato; y se le enseña la importancia de estar siempre abierto al diálogo, manteniendo una buena comunicación incluso con su entorno.

En referencia al tema del respeto colectivo, al entrenador-monitor también se le enseña que han de promocionar los valores de; la puntualidad, la higiene, los buenos hábitos en la alimentación, la autodisciplina, el esfuerzo en el entrenamiento y a tener una actitud comprensiva ante los fallos ya sean del jugador o del entrenador.

En cuanto al apartado formativo sobre el esfuerzo deportivo, también se les explica que los entrenadores-monitores deben mostrar sensibilidad valorando las tareas difíciles del deporte en cuestión; que deben evitar celos y riñas y saber hacer y recibir críticas; dosificar las alabanzas y refuerzos positivos; mostrar respeto por jugadores, árbitro, equipo contrario y público; inculcar confianza en tu equipo, así como honradez, responsabilidad, lealtad y respeto por los derechos de los compañeros; ... y también valorar y apoyar el compromiso con los estudios y la dinámica escolar del deportista, que no deja de ser un estudiante.

En definitiva, en el marco de la formación al monitor, se les enseña muchos consejos formativos aunque aún hace falta actualizar más el mensaje ya que la sociedad está cambiando sensiblemente: las aulas reflejan una enorme diversidad y desde los medios y la calle penetran osmóticamente conductas inaceptables en el deporte. La violencia, el racismo y la intolerancia por poner un ejemplo, no solo son inadmisibles en la calle, deben de resultar imposibles en nuestro ámbito deportivo y para conseguirlo, la sensibilidad, mentalización y formación del entrenador-monitor resulta imprescindible.

La actitud pedagógica de nuestros actuales entrenadores-monitores debe a su vez, evitar errores que a veces son producto del mimetismo mediático que observamos se desarrollan lamentablemente en el deporte profesional. Pero nuestro mundo es otro, a nuestros niños y niñas les formamos para ser ciudadanos, también a través del deporte, ya que es una actividad que les ilusiona, entretiene y entusiasma, en la que también estamos educando. Se desprende de esta concepción por tanto, que no caben actitudes despóticas de monitores o entrenadores y menos aún, agresivas, intimidatorias o violentas; tampoco es de recibo las actitudes elitistas, separadas del equipo y recriminadoras de los fallos deportivos; ni tampoco promover la sumisión al entrenador, especialmente mediante el chantaje coactivo del “banquillo”.

Esto no supone restringir el principio de autoridad del entrenador-monitor, sino sencillamente plantear un uso equilibrado de su función conductora al servicio de una mejor participación en la dinámica deportiva, así como al servicio de una educación consciente de los valores que deben orientar la formación deportiva.

Situaciones que se deben contemplar

En general los entrenadores siempre damos importancia a la técnica deportiva, a las tácticas a emplear durante la competición, cómo desarrollar las cualidades motrices, los procesos de aprendizaje, el grado de saturación en cuanto a comprensión técnica por parte del jugador y a otros muchos aspectos que inciden en la actividad deportiva.

Ahora bien, se trata de reflexionar, de realizar una mirada a la actividad pedagógica-deportiva desde otro ángulo, una mirada que previene conductas y situaciones conflictivas, discriminatorias y de intolerancia, no solo en la dinámica de equipo sino en todo lo relacionado ambientalmente con la actividad deportiva, entrenamientos, competiciones y entorno del joven deportista.

Desde esta perspectiva, debemos comentar que el entrenamiento es un lugar para hablar, comunicarnos antes y después, especialmente al final del mismo tras el sosiego alcanzado. Es un buen momento para comentar sobre situaciones y actitudes colectivas y para mantener conversaciones individuales.

Además durante el desarrollo del mismo es importante motivar, eliminar referencias a prejuicios y expresiones agresivas contrarias a los valores que queremos propiciar. El estilo de los entrenadores-monitores es muy importante en ese espacio, los adolescentes van a mimetizar su proceder, por tanto ha de cuidarse al máximo tanto el uso de las expresiones como las actitudes.

Hay entrenadores que con el ánimo de sacar más rendimiento a un esfuerzo humillan a jugadores, amenazan, zaran-dean... eso no es entrenar y menos aún, educar, eso son malos tratos que no se deben consentir. Si un entrenador observa esa conducta a un compañero debe exigirle rectificar de forma inmediata, o dar parte a sus responsables; el silencio es un compañerismo mal entendido y la justificación con argumentos del tipo “son sus métodos” carece de sentido, convirtiendo en corresponsable a quién al observarlo lo permite.

Cuando nos acercamos a la competición, en el pre-partido, en las charlas que se producen en los vestuarios, es importante que el entrenador recuerde el respeto al contrario, evitar situaciones de choque, orientar sobre el comportamiento hacia los árbitros, mantener la deportividad en el juego y recordar que hay que saludar al inicio del encuentro y al final del partido.

Durante el partido, la actitud del entrenador es fundamental. Muy mal ejemplo dan aquellos entrenadores que insultan a los rivales, que lesionan su autoestima, que animan a cometer faltas peligrosas e incluso a ejercer la violencia y que denigran a sus jugadores por no comportarse de esa forma indecente. Los hay que les llaman “mariquitas” por no ser violentos, como también los hay quienes llaman “marimacho” a jugadoras con potencial físico.

Frente a los insultos, amenazas y actitud violenta tampoco es conveniente dejarlo pasar y es conveniente que el árbitro del encuentro lo refleje en el acta del partido, además de proceder a mandar el escrito correspondiente a los órganos rectores de la competición. No es positivo pasar por alto actitudes violentas y denigrantes, es contradictorio con la educación que queremos fomentar, además de hacer notar a los responsables de la competición que no se está dispuesto a aceptar tal situación. No olvidemos que la Ley está de nuestro lado.

También en demasiadas ocasiones se producen comportamientos indeseables durante el encuentro por parte de los acompañantes, insultos tipo “negro de...”, “hijo...” y otros no reproducibles, muestran la categoría moral de determinados acompañantes, cuando no deviene en enfrentamiento con la afición contraria. No olvidemos situaciones discriminatorias o humillantes por el tipo de equipamiento deportivo que puede llevar un equipo económicamente modesto. Al respecto el entrenador del equipo y los jugadores tienen el deber moral de corregir a los acompañantes y no aceptar su comportamiento, y para ello hay muchos recursos, como no informar del próximo partido.

El entrenador debe estimular el buen comportamiento en la cancha, durante el juego, si el rival se lesiona, con los árbitros, hacia los acompañantes, y también con los propios compañeros que en el banquillo esperan el momento de participar en el juego sustituyendo a algún jugador en la cancha. Es fundamental que todos los jugadores participen en el juego. En base al argumento de ganar un partido no se puede mantener a un jugador sin participar en el encuentro. La recompensa al esfuerzo de entrenar es jugar.

Tras el partido no solo hay que felicitar a los rivales del equipo contrario, es muy positivo coincidir tras el encuentro y comentar los lances del mismo, tomar un refresco y promover una sana amistad. No se puede ver al equipo rival como un “enemigo”, la deportividad requiere comprender la tristeza de la derrota, moderando las alegrías que nunca pueden devenir en humillación al contrario. Como tampoco se puede buscar culpables o responsables de la derrota, “perdemos o ganamos juntos” con independencia del rol deportivo que tenga cada jugador.

3. Stop a la violencia: Por una resolución pacífica de los conflictos

En la práctica deportiva no es extraño ver expresiones de violencia. Por desgracia, esta práctica está muy interiorizada y socialmente extendida. Una disputa entre jugadores de equipos contrarios o del mismo equipo, una bronca entre familiares y acompañantes, incluso con el árbitro de un encuentro o con entrenadores, viene a revelar estados de ánimo agresivos, sentimientos predispuestos y sobre todo una carencia: cómo resolver los conflictos que surjan sin el recurso a la violencia.

La violencia convencionalmente es el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona, un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas posibilidades de causar lesiones, daños psicológicos y físicos, trastornos y en su mayor grado, la muerte. Sabemos cómo empieza una situación de violencia pero nunca como acaba, por eso todos tenemos la obligación de desterrarla de los campos deportivos y de todos los escenarios sociales.

Sin embargo la violencia siempre ha tenido aliados, éste es el caso de la indiferencia social que muestra una escasa solidaridad colectiva mientras individualmente no nos afecte a cada cual. También la impunidad de los agresores, sin olvidar la equivocada legitimidad social del uso de la violencia en nuestro país donde muchos conflictos se resuelven con aquello de “eso me lo dices en la calle”, que en el deporte se traduce en “eso me lo dices después del partido”.

La violencia siempre tiene consecuencias en primer lugar para la víctima que además de unas posibles lesiones, sufre reiteradas amenazas, estrés postraumático y el horror de una experiencia horrible de difícil superación. También

la familia y el entorno de la víctima sufre el problema, la sociedad se degrada y los valores democráticos sufren un continuo desgaste por el hostigamiento demoledor de estas conductas aberrantes. Y en cuanto a los agresores violentos, estos se ven alcanzados por una deshumanización que interiorizan, sin olvidar que tienen que asumir las consecuencias sancionadoras e incluso penales de sus actos violentos, lo cual repercute a su vez en sus círculos familiares y sociales. El conjunto de consecuencias descrito configura un cuadro dramático de difícil reparación.

El entrenador-monitor ante el conflicto violento

En no pocas ocasiones un entrenador se puede ver sorprendido por una situación de violencia, incluso sorpresiva y sin opción a prevenirla. La primera consideración a tener en cuenta es la necesidad de deslegitimar la violencia. Ésta no es una opción para nada y punto, además es inmoral e incívica.

Sin embargo el conflicto violento es el síntoma de la existencia de problemas en un equipo, como en cualquier grupo humano. Debemos asumir el hecho de tener problemas, pues son situaciones normales e inevitables. Y ante los problemas hay que reaccionar. La mediación aparece como una necesidad a la que nos vemos abocados, aunque no lo tengamos reflexionado y necesariamente está destinada a construir una nueva relación que supere el conflicto o a prevenir su aparición.

La mediación se ha revelado como una buena herramienta para gestionar conflictos en muchos ámbitos, también los que puedan surgir en la actividad deportiva; pero es necesario anticiparse al conflicto con la prevención. La mediación trabaja la comunicación humana para gestionar las diferencias entre las personas, buscando la transformación de

sus desavenencias por la vía del diálogo. Prevenir implica anticiparse, trabajar caminos que eviten situaciones graves y esto aún es más importante, por ello debemos estimular esa actitud.



No obstante siempre hay voces que dicen que a un entrenador no se le puede pedir todo, aunque debería tener en consideración estos consejos para avanzar en la labor preventiva y mediadora, entendiendo que ante los conflictos, especialmente de dinámica de equipo o entre padres y acompañantes, hay pasos necesarios en el camino de su superación:

1. Identificar y reconocer las causas del problema. Delimitar y formular el conflicto. Buscar los hechos relevantes del conflicto y describirlos de forma clara.
2. Inhibir respuestas que se han demostrado poco útiles para solucionar conflictos y encontrar soluciones alternativas.
3. Valorar críticamente las opciones, atendiendo a dos criterios: la consideración positiva de las consecuencias que se deriven y la posibilidad real de realizarlas.
4. Poner en práctica la decisión que se ha tomado: prever los pasos que se seguirán para realizarla, así como los mecanismos de control para valorar la eficacia.
5. Valorar los resultados obtenidos de la solución que se ha considerado la más adecuada. Si no son satisfactorios, se inicia de nuevo el proceso de búsqueda de soluciones.

Pero este procedimiento no llega a tiempo en otras circunstancias, en ese otro nivel están, por ejemplo, las reacciones explosivas y súbitas de encorajamiento agresivo, situaciones que hay que prevenir y cuando aparecen, cortar sin más, sabiendo utilizar la autoridad o la responsabilidad de la dirección de equipo.

4. Stop a la intolerancia frente a la diversidad ¡Por todos un respeto!

La escuela siempre ha sido diversa, aunque en la actualidad esa diversidad es mayor y más visible. En nuestras aulas, fruto de la realidad migratoria, encontramos estudiantes de distintos orígenes y de decenas de países de todas las partes del mundo; también la realidad nos muestra la diversidad étnica, como los gitanos y “payos”, estudiantes negros, blancos y con otros rasgos fenotípicos; y no digamos la diversidad cultural, religiosa y social, estudiantes que tienen diversa lengua materna, que son musulmanes, judíos o de otra religión distinta a la mayoritaria o que no tienen religión, y como no, con diferente orientación sexual, además de otras manifestaciones de diversidad estética o ideológica; punkis, rockeros, hippies, etc.

Esta diversidad social y escolar también se refleja en la actividad deportiva y lejos de ser un problema, es toda una riqueza, es la grandiosidad humana que debemos respetar y que el deporte debe de ayudar a hermanar. Esto lo debe de tener muy presente el entrenador-monitor porque numerosos conflictos surgen de la ausencia de respeto al igual valor, a la dignidad, de todas las personas, recordando que el espíritu deportivo, el olimpismo se fundamenta en la aceptación universal de la diversidad.

En la dirección de equipo o grupo, el entrenador o monitor, va a tener que aportar, necesariamente, opiniones sobre situaciones prejuiciosas o conflictivas que se producen en la dinámica cotidiana de la actividad deportiva. La personalidad de cada uno va a definir una forma de abordarlos y resolverlos, siendo muy importante la actitud asertiva y teniendo claro lo que no se debe permitir y lo que hay que valorar.



Ser asertivo significa decir y hacer lo que piensas, sientes, quieres y opinas sin perjudicar el derecho de los otros a ser tratados con respeto, de manera sincera, sin amenazas, ni coacciones, respetando tus propios derechos personales. A diferencia de las actitudes agresivas, que no respetan el derecho de los otros a ser respetados, o de las actitudes pasivas con miedo al riesgo por su opinión, por indiferencia o por desconocimiento, la asertividad debe basarse en un buen conocimiento de los valores a defender y los prejuicios a evitar, en este caso durante la práctica deportiva.

El entrenador-monitor ante el prejuicio y la intolerancia

La intolerancia es cualquier actitud, forma de expresión ó comportamiento que denigra, viola ó vulnera la dignidad y los derechos de la persona. Implica una disposición de donde brotan actitudes que perjudican a personas, grupos sociales y culturas diferentes, dificultando ó impidiendo las relaciones humanas. Sus manifestaciones consagran como valor, no a la persona con sus propias y diversas identidades, sino a la propia identidad enfrentada a la de los demás. Se fundamenta en prejuicios, que son juicios previos basados en generalizaciones defectuosas e inflexibles (estereotipos) y va vinculada a sentimientos que excluyen, rechazan o conciben como inferior o subalterno al diferente.

La intolerancia puede ser dirigida al grupo como un todo o a una persona como miembro de dicho grupo; entre sus manifestaciones destacan el rechazo y exclusión del diferente, la subordinación del considerado distinto y puede conducir desde la difamación de personas y colectivos hasta su exterminio, como en repetidas ocasiones nos muestra la historia de la humanidad.

En el ámbito del fútbol se manifiestan prejuicios que han dado pie a insultos y comportamientos aberrantes. Recordemos el *¿huhuh!* que acompaña al grito de “mono” que desaprensivos ultras hacen a jugadores negros, o el “España no es un zoo”, otros como “sudaca” a jugadores latinos, “maricón” a quien consideran no agresivo o “judío” si tienen conflicto económico con el club; estas y otras lindezas trascienden y se han podido escuchar, incluso por los medios de comunicación.

Estas conductas que también se reflejan en el ámbito deportivo y adolescente recogen prejuicios básicos que alimentan el odio en general, el rechazo a lo diferente, la fobia a aquello que es distinto. Es una intolerancia de múltiples expresiones que se proyecta incluso en los juegos, de tipo sexista hacia las niñas que concretado en un “tu no porque eres chica”, hacia los discapacitados negando su participación “porque no vale”, o xenófoba “porque no es de los nuestros”, entre otras.

El odio es un sentimiento “humano” de antipatía y aversión hacia alguna persona cuyo mal se desea. La dinámica del odio es letal. De entrada comienza por “estereotipar” al otro, al diferente, al distinto. A partir de ahí las personas estereotipadas son sometidas a un proceso de “deshumanización” alimentado por prejuicios y falsas imágenes que calan en el subconsciente (ejemplo: los inmigrantes son delincuentes, los negros poco inteligentes, los homosexuales son enfermos, los judíos avaros, los gitanos son traficantes, los musulmanes terroristas, los minusválidos una carga inútil, etc.).

Es conveniente que el entrenador-monitor sepa identificar prejuicios y actitudes para mejorar la convivencia deportiva, tanto en la dinámica del equipo como en la relación con otros equipos y en la competición, en el sentido de evitar la

intolerancia que es el denominador común de un poliedro maligno con múltiples caras tristemente conocidas, como las cinco que a continuación exponemos:

1. Racismo

Con este calificativo se hace referencia a cualquier actitud o manifestación que suponga afirmar o reconocer de forma explícita o implícita, tanto la inferioridad de algunos colectivos étnicos como la superioridad del colectivo propio. Es evidente que existe diversidad étnica y de color de piel, pero no debemos aceptar el uso del concepto de raza, muy antiguo en la cultura occidental, ya que carece de sentido tal como afirman la biología y la genética. Muchos comentaristas en los medios de comunicación que transmiten eventos deportivos apelan a “la raza” de un jugador para evocar su coraje y se equivocan con la expresión. El racismo suele conllevar discriminación, segregación social, rechazo a la cultura y a los valores ajenos, practicando abiertamente el hostigamiento o violencia hacia la víctima o su colectivo.

2. Xenofobia

Es otra manifestación de la intolerancia y es muy común en nuestros días; este calificativo se utiliza generalmente para describir la hostilidad frente a personas que proceden de otros lugares o países, a su cultura, valores o tradiciones. Es un prejuicio de rechazo, incompreensión, recelo y fobia hacia inmigrantes. La xenofobia en el ámbito escolar está presente, como en el resto de la sociedad, y lógicamente también emerge en el ámbito del deporte demandando medidas discriminatorias.

3. Intolerancia cultural

La diversidad religiosa, lingüística o cultural puede dar lugar a no pocas manifestaciones de rechazo que son base para el desarrollo de fobias a lo que no es uniforme de manera mayoritaria. En el deporte hemos asistido a episodios conflictivos por falta de sensibilidad en materia de alimentación en concentraciones deportivas. Deportistas que no comen cerdo y por otros aspectos relativos a su religión han sufrido discriminaciones injustificables. La ausencia de respeto a la diversidad lingüística está en la base de la “catalanofobia” y de otros conflictos culturales.

4. Sexismo (machismo)

Es un conjunto de actitudes y comportamientos que niegan los derechos a la libertad y a la igualdad de las personas de un determinado sexo y/o género. Si bien el sexismo como tal supone una discriminación para ambos géneros, la vertiente machista es mayoritaria y persistente a lo largo de la historia, ejerciendo una opresión hacia la mujer que es acompañada de malos tratos violentos. En el deporte no se ha valorado de igual manera la participación de la mujer, desde no permitirle competir en determinadas especialidades, minusvalorar su presencia deportiva, minimizando su presencia mediática y sobre todo, no incentivando su participación.

5. Homofobia

Es otra variante de la intolerancia muy visible en el ámbito del deporte. Se asienta en un prejuicio contra personas cuya orientación es homosexual. La fobia contra homosexuales alcanza situaciones terribles en aquellos países donde son perseguidos hasta la muerte. En nuestras sociedades el prejuicio homóforo

se mantiene de forma latente mediante la difamación y el silencio que se otorga a lesbianas y gays en diversos ámbitos sociales. No podemos consentir ningún trato discriminatorio, vejatorio y degradante a nuestros adolescentes deportistas a causa de su orientación sexual.

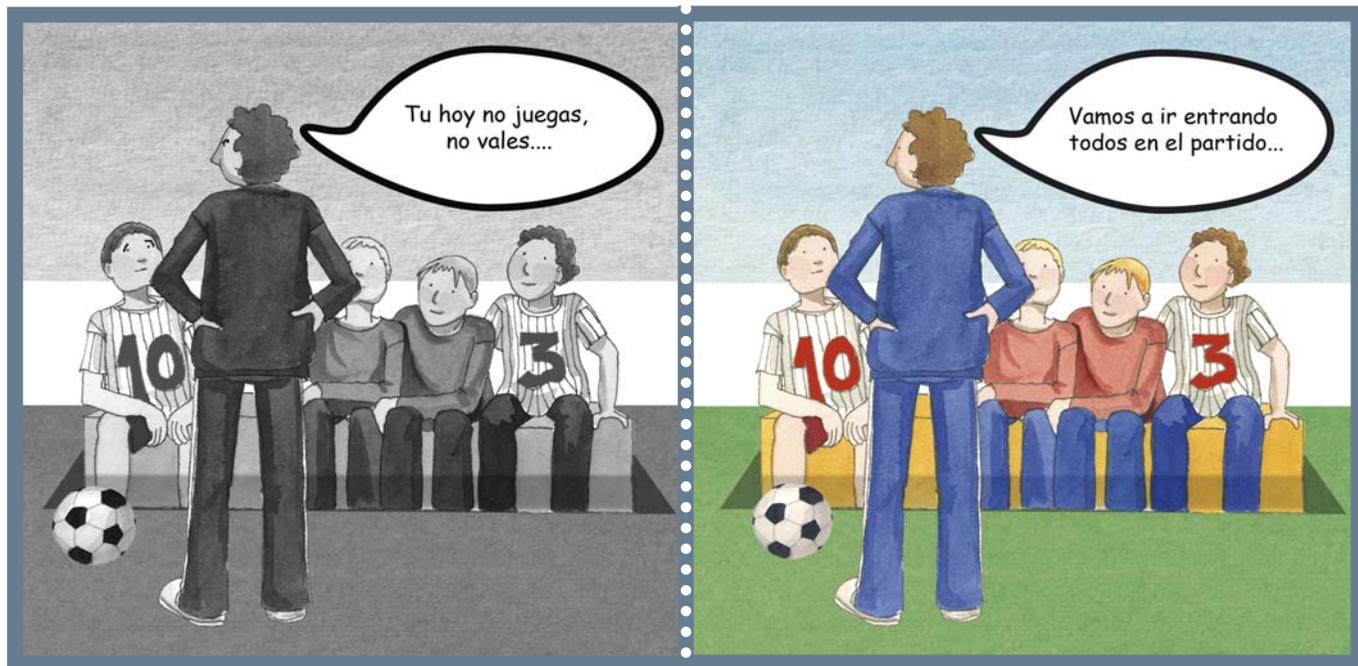
El entrenador-monitor y su apuesta por los valores cívicos

No sólo es importante reconocer prejuicios y manifestaciones de intolerancia, también es fundamental que nuestra actividad esté orientada por valores de convivencia que, además, van a ser muy apreciados por nuestros jóvenes deportistas. Lógicamente estos aspiran a ser tratados desde la igualdad de trato, con respeto, de manera integradora y solidaria. Sin menoscabo de un conjunto de valores más amplio que son necesarios en el desarrollo integral de la educación cívica, es importante señalar que para un ambiente de mestizaje y diversidad como el que hoy vivimos, resulta importante interiorizar estos valores cívicos y promover su práctica en las circunstancias más diversas:

1. Igualdad

El principio de que todos los seres humanos son iguales es el fundamento ético y político de una sociedad democrática. Lógicamente las personas no son idénticas en cuanto a intereses, aptitudes, estilo de vida y otras dimensiones individuales o sociales. No obstante, la igualdad como principio requiere que las personas tengan los mismos derechos y las mismas oportunidades de acción y desarrollo, requiere también el respeto a la diferencia de las minorías y al desarrollo de una justicia social redistributiva con los colectivos desfavorecidos. Todas las personas deben de tener garantizada la igualdad de oportunidades

para alcanzar el máximo de sus posibilidades en el aprendizaje, el trabajo, la cultura o el deporte y en función de sus propios esfuerzos.



2. Tolerancia

Consiste en el respeto, aceptación y aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo, de nuestras formas de expresión y de ser humanos. La fomentan el conocimiento, la actitud de apertura, la comunicación y la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una exigencia en la convivencia democrática. La tolerancia es la virtud que hace posible la no violencia y la paz. Tolerancia no es lo mismo que concesión, condescendencia o indulgencia. Ante todo es una actitud activa de reconocimiento de la dignidad humana, del valor de la vida de una persona y de los derechos humanos universales. En ningún caso puede utilizarse o invocarse para justificar el quebrantamiento de estos valores fundamentales. La tolerancia en el deporte previene la violencia y es integradora.

3. Integración

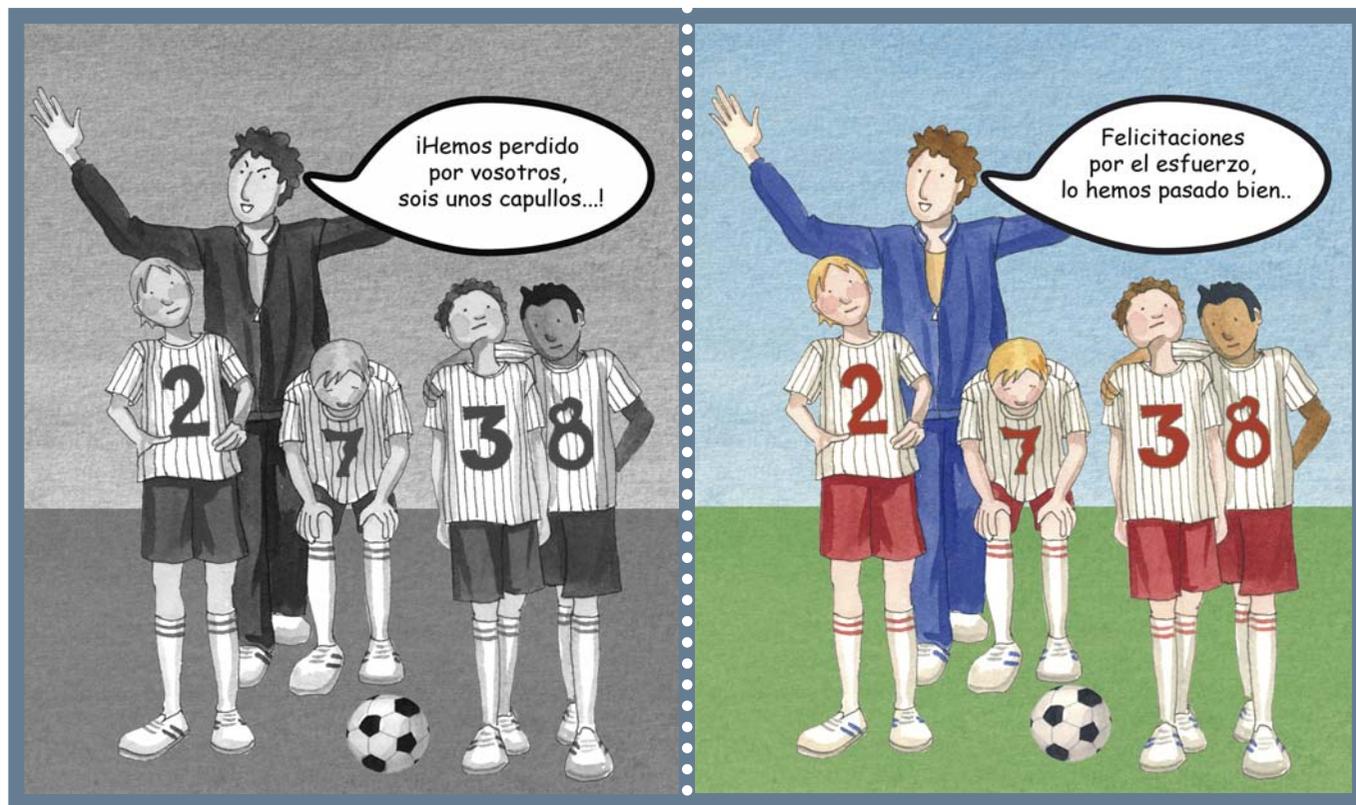
Implica formar parte de un grupo, un equipo y por extensión, en una sociedad. Supone igualdad de oportunidades y de trato, así como asunción de responsabilidades. En el deporte, debido a la existencia de un lenguaje común, unas normas compartidas y una actividad igual para todos, se construye una situación excepcionalmente integradora. Socialmente la integración, a diferencia de la asimilación, significa que las personas y colectivos tienen derecho a su identidad, respetando los valores esenciales de la convivencia democrática. La diversidad de los adolescentes nos ofrece oportunidades que debemos descubrir en la práctica deportiva.

4. Solidaridad

Es una conciencia colectiva de derechos y obligaciones. Significa unidad, pertenencia común, interdependencia, apoyo mutuo, comunidad de esfuerzo y sentimiento, es una virtud que debe de extenderse a todos los niveles. Un equipo, un colegio, una competición es una oportunidad para estimular este valor, esta conciencia de pertenencia y apoyo mutuo, a través del entrenamiento y el esfuerzo deportivo. La falta de solidaridad revierte en una deficiente vida colectiva en cuanto al compromiso por ir descubriendo y realizando intereses comunes de la sociedad.

5. Interculturalidad

Significa intercambio, reciprocidad, interacción, relación mutua y solidaridad efectiva de los valores, de los diferentes modos de entender la vida, la historia, las conductas sociales, etc. Parte necesariamente del respeto y aceptación de las diferencias, es decir de la tolerancia y del pluralismo existente en la sociedad. Se orienta por la construcción de unas relaciones de carácter igualitario en donde los implicados no establecen relaciones de subordinación (superiores o inferiores, mejores o peores), apostando desde el lugar común de una ética básica, que salvaguarda la dignidad y los derechos fundamentales de la persona.



5. Una mejor convivencia con el deporte es posible

Educar en el éxito deportivo no tiene nada que ver con el éxito económico o con el éxito de la mega-estrella mediática, es educar sobre todo para potenciar el desarrollo de aquellas cualidades que nos hacen más humanos y mejores personas, y educar para una actividad duradera en el tiempo que nos acompañará durante toda la vida.

El esfuerzo y la habilidad deportiva no son nada sin el compañerismo y la solidaridad, sin la tolerancia y la integración intercultural, sin el aprecio a nuestro rival, a nuestro compañero de equipo, al entrenador, a quien nos arbitra, a quienes nos alientan y acompañan, sin el respeto a su dignidad como personas. Un deporte así concebido nos hace mega-deportistas a todos y mejora nuestra sociedad y convivencia.

El deporte nos ayuda en esta labor, nos ayuda al promover desde su lenguaje universal el acercamiento entre las personas, la emulación desinteresada, la fraternidad y la comprensión mutua. Nos ayuda otorgándonos, en el plano personal, las posibilidades de mejorar nuestras facultades, físicas, morales e intelectuales.

Una sociedad democrática es la antítesis de la intolerancia y es incompatible con la discriminación, el odio y la violencia. A través del deporte defendamos también el fomento de una ética cívica fundamentada en los Derechos Humanos, que junto al fomento de la comunicación y el diálogo, nos ayuden a mejorar el presente y a prefigurar un futuro hermanado, de prosperidad colectiva.

Por un deporte



sin violencia, ni racismo

